PARA LEER AL MARXISMO ANALÍTICO: CONTROVERSIAS METODOLÓGICAS E IMPLICANCIAS TEÓRICAS

María Alicia Gutiérrez

1. Introducción

Los vastos procesos de transformación en curso, tanto la recomposición capitalista iniciada a mediados de los setenta como el deterioro y súbito desplome de los “socialismos realmente existentes”, han afectado el universo de las construcciones teórico-metodológicas de las ciencias sociales, y de este modo a las herramientas con que contamos para reflexionar sobre la realidad social.

La crisis de los países del Este, tanto su nueva y conflictiva realidad como los graves problemas que para la estabilidad del mundo capitalista plantean las sucesivas crisis financieras, han abierto el debate sobre el destino del mundo socialista pero también del capitalista. La historia no sólo no ha llegado a su fin sino que, contrariamente a lo que pensaba Francis Fukuyama, parece encontrarse todavía muy lejos de esos vaticinios. En realidad, una nueva vuelta de página de la historia coloca en primer plano como nuevos dilemas a los viejos problemas: pobreza, injusticia, desigualdad, para mencionar solo algunos de los más importantes.

El mundo académico no podía permanecer ajeno a estos momentos de incertidumbre.

Es quizás esta obligada puesta entre paréntesis de las grandes síntesis, de las teorías totalizadoras, lo que desafía la agudeza imaginativa de todos los teóricos, muy especialmente los marxistas, quienes se ven forzados, quizás para poder seguir siendo tales, a revisar algunos principios sustanciales de su arquitectura teórica. Una de las más lúcidas cabezas del marxismo analítico, el economista John Roemer, planteó en términos clarísimos los grandes desafíos del marxismo de nuestro tiempo: dar respuestas a la crisis del mundo socialista y aceptar la dificultad de concretar la desaparición del capitalismo (de Francisco, 1988, p.220).

Por otra parte, la presencia masiva y dominante que han conquistado en los principales centros académicos estadounidenses, especialmente en el área de estudios de política norteamericana, las teorías de la “elección racional”, el “individualismo metodológico” o la “economía neoclásica” aplicada a las ciencias sociales, términos todos ellos equivalentes en la visión de Adam Przeworski (Przeworski, 1987, p.99), obligó tanto a los marxistas como a quienes se inscriben en las corrientes teóricas más tradicionales a repensar algunos de los problemas

centrales de la teoría. En efecto, el paradigma emergente colocaba una serie de exigencias -y revelaba un conjunto de lagunas explicativas- en relación con la comprensión de las acciones y estrategias de comportamientos individuales que las teorías basadas en el análisis de los agregados colectivos no podía, al menos en principio, resolver adecuadamente.

De esta forma, la arremetida del individualismo metodológico, que según Przeworski es la más formidable que han experimentado las ciencias sociales desde 1890 y por la cual se intenta “imponer el monopolio del método económico a todos los estudios de la sociedad”, produjo una importante fisura en ciertas premisas aparentemente inamovibles del marxismo (Przeworski, 1987, p.97).

Si bien nuestra impresión es que éste tiene posibilidades de salir fortalecido una vez que haya “saldado las cuentas” con los nuevos desarrollos teóricos, lo cierto es que el auge de dichas teorizaciones trajo consigo una significativa reproblemática del pensamiento marxista y un grado considerable de perplejidad entre sus seguidores.

La particularidad del marxismo en tanto pensamiento teórico, método de análisis de la realidad pero también proyecto político transformador, lo hizo altamente vulnerable no sólo a las crisis académicas sino también a las vicisitudes de los movimientos políticos que se articulan en su nombre. Una vez agotado el auge “progresista” de los ‘60 e inicios de los ‘70, el reflujo de estas fuerzas políticas precipitó la necesidad de reflexionar sobre la viabilidad o no de las estrategias de transformación social. Frente a la caída del Muro de Berlín, y el consecuente desvanecimiento de las expectativas del triunfo final del socialismo, aquellas necesidades se convirtieron en acuciantes.

El marxismo, que en los años setenta se había constituido como una vigorosa corriente de pensamiento en las grandes universidades de Europa y América del Norte, inicia un proceso de reformulación que culmina en lo que hoy conocemos como el “marxismo analítico” (Wright, 1989, p.37). Este proceso se verifica principalmente en los Estados Unidos y el Reino Unido, localización geográfica que podría explicarse, según Perry Anderson, por el desarrollo de la filosofía analítica en el mundo anglosajón y los desplazamientos producidos por la crisis del “marxismo occidental” y el colapso de la hegemonía latina en esta corriente teórica.

No sorprende por lo tanto constatar que un grupo de profesores de prestigiosas universidades europeas y norteamericanas, convocados básicamente por Gerald A. Cohen (filósofo canadiense, autor de un excelente libro titulado *La Teoría de la Historia de Karl Marx. Una Defensa* y profesor de Teoría Social y Política en Oxford¹) a reunirse en Londres en 1979 comienzan a discutir sobre la pertinencia de las categorías e hipótesis fundamentales del marxismo clásico en la época contemporánea. Esta primera reunión fue la plataforma de lanzamiento de esta nueva escuela de pensamiento marxista, y en sus sucesivas reuniones anuales se empezaron a analizar sistemáticamente las elaboraciones de cada uno de los integrantes. El grupo estuvo constituido fundamentalmente por los que asistieron a la reunión fundacional. Ellos son, aparte del ya mencionado Gerald A. Cohen, los siguientes: John Roemer (economista de la Universidad de California, Davis), Jon Elster y Adam Przeworski (políticos de origen noruego y polaco respectivamente, ambos profesores de la Universidad de Chicago), Robert Brenner (pieza central del célebre debate que lleva su nombre acerca de la transición del feudalismo al capitalismo, actualmente profesor en la Universidad de California, Los Angeles) y Erik Olin Wright (sociólogo norteamericano, profesor de la Universidad de Wisconsin). El grupo se completa además con otros académicos como Philippe Van Parijs, Robert Van der Veen, Pranab Bardhan, Hillel Steiner y Samuel Bowles. Inicialmente este grupo utilizó una expresión levemente soez para autodenominarse, “No Bullshit Marxism Group”, y recién en 1986 comienza a circular el nombre de “marxismo analítico” para referirse a la escuela de pensamiento que estaban creando.

Las diferencias al interior del grupo, no sólo en términos teóricos sino también en adscripciones políticas y orígenes disciplinarios, obligaron, en un esfuerzo por hallar un espacio común que los convocara, a definir algunos de los temas acerca de los cuales era fundamental establecer el diálogo y la confrontación. Wright explica cuáles fueron los ejes convocantes en los que se centraron la discusión y el intento de reformulación teórica emprendidos por esta corriente: “el concepto de explotación, el individualismo metodológico, la crítica ética del capitalismo...; la centralidad del concepto lucha de clases en las transiciones históricas, y la viabilidad económica de la reforma del estado de bienestar mediante un sistema de transferencia incondicional de ingresos a todos los ciudadanos” (Wright, 1989, p.38).

En las páginas que siguen tomaremos como eje central las reflexiones metodológicas del “marxismo analítico”, las cuales configuran el punto de partida para el análisis de las cuestiones anteriormente planteadas.

2. Individualismo metodológico, teoría de juegos y modelos de acción racional

En la polarización planteada entre el marxismo y la denominada ciencia social “burguesa” se produjo una ruptura en el terreno metodológico.

Se argumentaba que la teoría marxista pretendía ser “científica”, holística, anti-empirista y anti-positivista, en tanto que las ciencias sociales convencionales caían en el campo de la ideología, la preocupación por el descubrimiento de los “microfundamentos” de la vida social, el respeto a los cánones del empirismo y el positivismo.

Pero lo cierto es que, más allá de estas posturas teórico-éticas, algunos problemas metodológicos de significativa importancia no han sido claramente resueltos.

Probablemente el individualismo metodológico ha contribuido más que otra corriente epistemológica al señalamiento de esas debilidades.

Varios años antes del actual debate, la teoría de Olson había centrado su preocupación en el intento de explicar las acciones colectivas prestando crucial atención a la acción racional de los individuos, bajo el supuesto que son ellos quienes buscan la optimización de sus conductas. En ese sentido la acción colectiva aparece como el resultado del efecto maximizador de los individuos, quienes deciden en condiciones óptimas de selección de preferencias si cooperan o no entre sí.

La dificultad de interpretar la acción colectiva a partir de la comprensión de la acción individual fue una preocupación central de la metodología weberiana. Si bien fue explícita al recoger la tradición diltheyana acerca de la contradicción entre:

- a. “la posibilidad de comprender desde adentro, de revivir, hasta cierto grado, los hechos de la sociedad y
- b. la dificultad de hallar uniformidades en el campo de la sociedad a causa de la diversidad y la singularidad de los individuos respecto de los cuales el juego de causas eficientes es reemplazado por representaciones, sentimientos, motivos”, planteó, frente al positivismo, como una preocupación en las ciencias sociales “el carácter más hipotético y fragmentario de los resultados alcanzados por la interpretación”(Vasilachis de Gialdino, 1994).

Varios autores del marxismo analítico, como Jon Elster, John Roemer, Adam Przeworski y Gerald A. Cohen, han asumido que “...lo peculiar del marxismo son sus afirmaciones esenciales sobre el mundo, y no su

metodología, y que los principios metodológicos que según muchos de ellos distinguen al marxismo de sus rivales son indefendibles, si no incoherentes” (Levine, Sobert y Wright,1986/87).

Así, partiendo de la premisa de que no existe un método propio del marxismo, estos autores han propiciado la combinación del individualismo metodológico, de la teoría de juegos y de los modelos de acción racional, es decir, el arsenal metodológico de las llamadas “ciencias serias”, con el propósito de preservar las importantes y explicativas categorías teóricas del marxismo. Ahora bien, ¿qué es el individualismo metodológico, y cuáles sus premisas fundantes?

Jon Elster entiende por individualismo metodológico “...la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias). Esta doctrina no es incompatible con ninguno de los siguientes enunciados:

- a. los individuos tienen a menudo objetivos que afectan al bienestar de otros individuos;
- b. tienen creencias relativas a entidades supraindividuales que no son reductibles a creencias relativas a individuos” (Elster,1984, p.22).

En síntesis, y como reitera este mismo autor, “... pasar de las instituciones sociales y las pautas globales de comportamiento a los individuos es el mismo tipo de operación que pasar de las células a las moléculas” (Elster,1987, p.5).

Esto plantea al marxismo la necesidad de hallar los microfundamentos que permitan reconocer en el microuniverso los mecanismos y los procesos que actúan a nivel individual, porque sin ello, en palabras de Elster, “...las grandes reivindicaciones marxistas acerca de las macroestructuras y el cambio a largo plazo están condenadas a permanecer en un nivel especulativo” (Elster,1987, p.23).

Incidentalmente, esto pondría en evidencia la carencia de una teoría del sujeto en el marxismo clásico.

Elster sostiene que las ciencias sociales en general, pero muy especialmente el marxismo, están invadidas por explicaciones funcionalistas en las cuales los resultados son reconstruidos como si fueran las causas, añadiendo que este tipo de explicación sólo es válida en la biología². El meollo de la crítica elsteriana se centra en la adopción por parte del marxismo de paradigmas funcionalistas que consisten en proponer una acción sin actor o “...un predicado sin sujeto” (Elster,1984, p.24).

Por lo tanto, si no existe nada parecido a la teoría de la selección natural en las ciencias sociales, parece inevitable, según Elster, entender que el único camino posible para éstas es una explicación mixta: “...una interpretación intencional de las acciones individuales y una explicación causal de su interacción”, en tanto los sujetos tienen intenciones y en la interacción de dichas intenciones tendrá su lugar la teoría de los juegos. “La necesidad de una teoría de juegos se plantea tan pronto como los actores individuales dejan de considerarse unos a otros como restricciones impuestas a sus acciones y empiezan a considerarse como seres intencionales... La esencia del pensamiento estratégico es que nadie puede considerarse como un privilegiado en comparación con los demás: cada uno tiene que decidir partiendo del supuesto de que los otros son racionales en la misma medida que él” (Elster,1984, p.39).

Así, la adopción del individualismo metodológico involucra linealmente a la teoría de juegos y los modelos de acción racional como la única opción “racional” y explicativa que permitiría al marxismo dar cuenta de sus concepciones más “fuertes” y de la posibilidad del cambio.

No obstante, no queda muy claro cómo, partiendo de la acción individual y de la multiplicidad de opciones del actor racional, sería posible explicar el comportamiento de “agregados” tales como el capitalismo, el estado o las clases sociales. Si se admite que el todo es igual a la suma de las partes, el problema quedaría resuelto. Pero si se toma como verdadero lo que el propio Elster plantea acerca de la existencia de entidades supraindividuales, no se comprende cuál podría ser la operación lógica que las explicara.

Una pequeña digresión: parece importante aclarar algunas cuestiones en relación al problema de la información requerida para conformar un mapa acabado de las opciones racionales. Si aquella es completa o perfecta y el individuo actúa racionalmente, se elegirá la mejor opción. Pero si la información es parcial o imperfecta, nos encontramos ante una situación de significativa incertidumbre. Lo importante, dirán los adláteres de la teoría de los juegos, es lograr el “punto de equilibrio”, de suerte tal que con la información accesible sea posible elegir una opción óptima en el logro de una situación de equilibrio. La pregunta, obviamente, es cuál es el umbral mínimo de información que se requiere para que un actor individual o colectivo pueda fundamentar una elección racional. En el caso de los países del Tercer Mundo, en donde la información no sólo es ostensiblemente imperfecta sino que, además, el acceso a ella está fuertemente bloqueado por la apropiación cuasi monopólica que de la misma hacen los grupos dominantes: ¿se puede avanzar demasiado lejos en nuestra comprensión de los procesos sociales y políticos con modelos que postulan la racionalidad de las decisiones y un acceso casi ilimitado a la información?

Wright contaba que cuando era estudiante se veía sistemáticamente enfrentado a la necesidad de probar empíricamente, ante los representantes de la sociología positivista, la “verdad” contenida en los principios teóricos a los cuales adhería. Por eso sostiene que, para el marxismo es de fundamental importancia armarse de una herramienta metodológica que le permita neutralizar el cuestionamiento del positivismo que lo excluye del ámbito de la ciencia. La intención de los analíticos va a estar centrada en una doble articulación: por un lado las categorías teóricas marxistas, cuya preeminencia está fuera de discusión, y por el otro el desarrollo de un método concreto de análisis que permita una adecuada e inequívoca referencia a los antecedentes empíricos y que despoje al marxismo de toda reminiscencia metafísica. De ello dan cuenta los trabajos del mismo Wright sobre las clases sociales, los de Robert Brenner sobre la transición del feudalismo al capitalismo, los de Adam Przeworski sobre la social democracia y los partidos políticos en los capitalismos avanzados, o los de Joel Rogers acerca de la interacción entre el estado y el movimiento obrero en la historia norteamericana. “Mientras que ninguno de estos proyectos se basan en la creencia de un “test” empírico simple para probar ideas teóricas complejas, todos sin embargo concuerdan con el precepto científico convencional de que los avances teóricos dependen, al menos en parte, de su vinculación con datos relevantes derivados de la investigación empírica” (Wright, 1989, p.42).

Esto conduce a la necesidad de hallar y articular los microfundamentos constitutivos de la macroteoría, pero esa evidencia, de acuerdo a Wright, no implica necesariamente la adopción del individualismo metodológico, y mucho menos realizar el análisis de los microfundamentos desde los modelos de acción racional. Según Levine, Sober y el propio Wright “hay muchas otras clases posibles de microfundamentos de los fenómenos sociales. Se pueden utilizar también las teorías de la socialización que hacen hincapié en la inculcación de las normas, los hábitos y los rituales, o incluso las teorías psicoanalíticas del inconsciente. La teoría marxista de la ideología, entendida como una teoría del proceso de formación de los sujetos sociales, puede también servir de base para la elaboración de los microfundamentos” (Levine et al, 1987, p.155).

Como puede observarse, la necesidad de analizar los microfundamentos parece ser un punto de convergencia dentro de esta corriente teórica, aunque no así la metodología utilizada para estudiarlos. La relevancia de este enfoque está centrada en la posibilidad de conocer más exhaustivamente el universo a investigar, para así formular las preguntas y los objetivos de la investigación de manera más precisa. Esto habrá

de producir grandes beneficios para la ciencia, al encontrar respuestas con un mayor grado de exhaustividad y alcance explicativo.

3. Conclusiones

Parece evidente que la crisis desatada en los últimos años en el mundo académico obligó al marxismo a caminar sobre sus pasos y de ese modo reformular algunos de sus “verdades” aceptadas hasta entonces como inapelables.

El eje de esta revisión se situaba en la dificultad de encontrar desde el marxismo (y ése fue el tradicional flanco de ataque de sus adversarios) un método de análisis empírico que permitiera darle estatuto de ciencia reconocida al materialismo histórico. Enfrentados con la necesidad de comprobar fácticamente sus hipótesis, los marxistas analíticos adoptaron el individualismo metodológico, la teoría de juegos y los modelos de acción racional como la tabla de salvación que consagraría la cientificidad de sus trabajos.

Este esfuerzo de los marxistas analíticos suscita no pocos interrogantes. Su preocupación por dotar a la teoría de una sólida base empírica y por el cuestionamiento de algunas de sus debilidades es enriquecedora. Ello no obsta la necesidad de reflexionar sobre algunos aspectos que también merecen ser cuidadosamente examinados: ¿es posible articular la relación entre las categorías holísticas del marxismo clásico y el modelo de acción racional como recuperación de la acción individual sin hacer mella en el núcleo fundamental y distintivo de esta tradición teórica?

Por otro lado no es menos cierto que la aplicación de estos modelos enfrenta ciertas dificultades basadas en la concepción de racionalidad, implícita en ellos. Por citar uno, es sabido que los resultados de investigaciones en el terreno de la psicología sostienen que el actor puede a veces elegir acciones que no lo benefician y que no son racionales, con lo cual no sería tan evidente la existencia de la acción racional como una constante en todo momento y lugar.

En relación con el concepto de “conflicto”, parecería que el modelo está pensado para sociedades que se articulan sobre la base de una búsqueda del equilibrio óptimo a través de modelos de cooperación o dilemas que finalmente se resuelven por la vía del consenso. Nuestra impresión es que ni siquiera los así llamados ‘Juegos no cooperativos’ incluyen la idea de conflicto en términos compatibles con el sentido estructural que dicho concepto tiene en la teoría marxista. El principal problema que de allí se desprende se vincula a la centralidad del conflicto en la teorización marxista, al punto que resulta imposible interpretar cualquier proceso histórico sin su concurso, aún cuando el concepto mismo de historia se encuentre cuestionado debido al fracaso de los socialismos reales y la concepción lineal del avance de la historia.

De todos modos, parece irrefutable la saludable reformulación que el marxismo analítico introdujo en las preocupaciones sobre la rigurosidad del método, intentando sin lugar a dudas aggiornar al marxismo a las nuevas preocupaciones, y quizás dar respuestas en el terreno académico que pudieran cristalizarse en acciones políticas frente a la crisis.

Parafraseando a Wright, quien se interrogara acerca de qué tiene de media la clase media, convendría preguntarse :¿Qué tienen de marxistas los marxistas analíticos? Este planteo generó polémicas al interior del propio marxismo, manifestadas en forma de adhesiones y cuestionadores rechazos.

Quizás esta pregunta no sea la más relevante, pero nos parece que constituye el dilema más difícil de dilucidar.

Nuestra impresión es que una discusión seria sobre este punto sería importante para el inicio en América Latina de una profunda revisión de algunos problemas sobre los que recién se está comenzando a reflexionar. Es por eso que Perry Anderson acordaría en darle la bienvenida a esta puesta en duda y discusión de ciertos principios teóricos del marxismo clásico sin que por ello adscriba a las tesis del individualismo metodológico, puesto que el resultado final habrá de ser un robustecimiento de la cientificidad de la teoría: “La presencia de errores es uno de los signos de toda ciencia: la afirmación de que no los hay sencillamente ha desacreditado la pretensión del materialismo histórico de ser una ciencia” (Anderson, 1985, p.137).

Adam Przeworski, sin embargo, se inclina por aceptar el individualismo metodológico, observando no obstante que su aplicabilidad mediante la teoría de los juegos no ha logrado todavía el desarrollo suficiente como para permitir su cabal aplicación a algunos conceptos holísticos como el estado, el capitalismo y las clases sociales. De todos modos su actitud abre un crédito al desarrollo futuro de la teoría de los juegos y con ello a los modelos matemáticos, que en su interacción con la teoría marxista podría llegar inclusive “...a explicar la historia... en función de las acciones de los individuos orientadas hacia unos objetivos” (Przeworski, 1987, p.136).

Una de las posiciones más críticas en relación a los marxistas analíticos, formulada por Ellen Meiksins Woods, sostiene que el análisis teórico y epistemológico de esta corriente transita por caminos análogos a los que recorrieran en su momento el althusserianismo y el post-marxismo. Ellos también comenzaron estableciendo la necesidad de fundar la “cientificidad” del marxismo y concluyeron con su repudio teórico y práctico. Dado que éstos situaron el eje del cambio en el discurso y no en los verdaderos protagonistas, y que los analíticos lo hacen en el plano abstracto de las decisiones racionales y los dilemas de la teoría de los juegos, surgen serias dudas acerca de si los nuevos teóricos están refiriéndose a lo que efectivamente ocurre en la historia (Wood, 1989).

Lo cierto es que, más allá de acuerdos o desacuerdos, el desafío está planteado. Los marxistas académicos anglosajones, con una producción de enorme envergadura y la firme convicción de salvar al marxismo del olvido, se han hecho cargo del mismo y año a año reformulan y dan respuestas a los interrogantes más conflictivos del marxismo clásico. Sería de enorme importancia para quienes de alguna manera compartimos estas preocupaciones que nuestros teóricos debatiesen sobre ellas y sobre otras quizás más acuciantes, y así colaborar en la rearticulación de un pensamiento progresista, fortalecido desde la teoría, frente a la arrolladora embestida del neoconservadorismo.

Este artículo , publicado en Doxa Nro. 2, Buenos Aires, Noviembre de 1990, fue el resultado de las inquietudes surgidas en un Curso de Verano de la Universidad de California, San Diego, sobre Sistema Político Norteamericano. Agradezco a mis compañeros latinoamericanos las largas horas de intercambios tratando de dilucidar, con la perspectiva del Sur, algunos de los conceptos allí aprendidos.

Mi agradecimiento a María Clelia Guiñazú, compañera de EURAL, quien colaboró intensamente en la revisión de todos y cada uno de los conceptos aquí vertidos. Finalmente y muy especialmente, mi agradecimiento a Atilio Boron por el camino compartido “tras las huellas” de la utopía.

Bibliografía

de Francisco, Andrés, (1988) “Marxismo Analítico: teoría y método”, *Zona Abierta*, Nro. 48/49 (Julio/Diciembre)

Przeworski Adam (1987) "Marxismo y Elección Racional", *Zona Abierta* 45 (Octubre/Diciembre)

Wright Erik Olin (1989) "What is Analytical Marxism" en *Socialist Review*, Vol.19.4 (Octubre/Diciembre)

Levine Andrew, Sobert Elliott y Wright Erik Olin (1986/87) "Marxismo e individualismo metodológico", *Zona Abierta* 41-42 (Octubre/Marzo)

Elster Jon (1984) "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico", *Zona Abierta* 33, (Octubre/Diciembre)

Ester Jon (1987) *Making sense of Marx* (Cambridge, Cambridge University Press)

Anderson Perry (1985) *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (México, Siglo XXI)

Wood Ellen Meiksins (1989) "Rational Choice Marxism: Is the Game Worth the Candle" en *New Left Review*, 177 (Septiembre/Octubre)

Powers Nancy (1990) "Rational Choice Theory: A Critique of the Theory and Practice of an Economic Model for Political Science", mimeo

Carver Terrell and Paul Thomas (1995) *Rational Choice Marxism* (Pennsylvania, The Pennsylvania University Press)

Roberts Marcurs (1996) *Analytical Marxism. A Critique* (London, Verso)

Vasilachis de Gialdino Irene (1994) "El aporte de Max Weber al surgimiento del paradigma interpretativo en la sociología" en Agulla Juan Carlos, *Cuadernos Weberianos I* (Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias)

Datos biográficos

María Alicia Gutiérrez, socióloga, Master en Estudios Europeos Universidad de Brafford (Inglaterra). Docente Universidad de Buenos Aires, investigadora EURAL. Miembro del colectivo editorial de la Revista Doxa.

1 (Madrid, Siglo XXI de España-Editorial Pablo Iglesias, 1986)

2 Para la discusión sobre el análisis funcionalista en el marxismo ver, además de los trabajos ya citados , Wood Allen W. "Materialismo histórico y explicación funcional" en *Zona Abierta* 43 -44-Abril- Setiembre 1987. Cohen G.A. "Réplica a Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos de Elster? en *Zona Abierta* 33 - Octubre-Diciembre 1984.

Van Parijs Philippe "El marxismo funcionalista rehabilitado. Comentario sobre Elster? en *Zona Abierta* 33 -Octubre-Diciembre 1984.

De Francisco, Andrés "Marxismo Analítico: teoría y método". en *Zona Abierta* 48-49. Julio-Diciembre 1988 .